

ISLA

VERSO Y PROSA

(2.^a época)

1938

12

II Año Triunfal

A. C. A. DEBUSSY.

Sonidos y perfumes, Claudio Aquiles,
giran al aire de la noche hermosa.
Tú sabes dónde yerra un son de rosa,
una fragancia rara de añafles

con sordina, de crótales sutiles
y luna de guitarras. Perezosa
tu orquesta, mariposa a mariposa,
hasta noventa te abren sus atriles.

Iberia, Andalucía, España en sueños.
Lentas Granadas, frágiles Sevillas,
Giraldas tres por ocho, altas Comares.

Y metales en flor, celestes leños,
elevan al nivel de las mejillas
lágrimas de claveles y azahares.

GERARDO DIEGO

1081

DL Madrid

DOS POEMAS DE GABRIEL D'ANNUNZIO

I

*Crece aún, hundido en su natal fragancia,
frente al mar, un bosque de naranjos,
y allí el pavo real abre en la sombra
la pompa de su fúlgido plumaje.*

*En otra edad, cuando en reposos claros
callaba el mar, y en el cenit brillaba
el Sol—¡cuán dulcemente lo recuerdo!—,
nos gustaba dormir en la áurea fronda.*

*En el silencio desprenderse oíamos
la fruta al agua, y a los pavos reales
tendiéndonos el pico entre las ramas...*

*Dormíamos así, y del agreste
perfume, cual del calor de un vino,
nutríamos los sueños deleitosos.*

II

*Al mediodía, cuando en la campiña
el silencio quemaba entre las mieses,
los segadores entonaban cánticos
a la sacra abundancia del pan nuevo.*

*De su palacio la marmórea escala
solía descender, y en torno a ella
ladraban finos galgos africanos
siguiéndola con saltos prodigiosos.*

*Sonriendo, mirábame imperiosa,
desde el peldaño último azuzando
a los lebreles de la fina estampa,
ágiles corredores que, cansados
del ocio, en torno de ella pretendían
seguirla, con sus saltos más esbeltos.*

(ADRIANO DEL VALLE.—Traduxit.)

HIMNO BREVE

**A los anónimos tripulantes
de los patrulleros y «bous»
de España.**

¡Muchachos azules de los patrulleros,
vuestro lema dice: Silencio y Valor!

Testigos, tan sólo, de vuestras hazañas,
los cielos, los mares, los vientos... y Dios.

¡Ascetas humildes de las lejanías!
¡pobres de la Gloria! ¡castos del Honor!

Salís a la cita de la Blanca Novia,
la voz contenida, la luz apagada,
quieto el corazón.

Conocéis sus besos en la lejanía,
en los alta-mares conocéis su amor:
y volvéis al puerto, callando favores,
sin una sonrisa de revelación.

Muchachos de España: tirad a los mares
manojos de flores y de algas con sol,
y al decir: ¡Por ellos!, sin nombre ni fecha,
poned en la blanca palabra indecisa
cual los mares – ¡ellos! –, todo el corazón.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

MAURICIO RAVEL

Con Mauricio Ravel ha desaparecido para el mundo una de las voces que mejor le han cantado.

Esa trasposición al reino de los sonidos, de las calidades sensibles de la Naturaleza, está lograda en la obra de Ravel con la audacia de su genio singular.

El *simbolismo* literario tuvo en la música su equivalente en el *impresionismo*.

Producto de aquel estado de espíritu creado por Mallarmé, las «Imágenes» de Claudio Debussy y los «Mirroirs» de Ravel abren perspectivas inéditas a la música. La idea de crear una atmósfera musical a la poesía de Mallarmé, fué una aventura trascendental que sacó a la música del rescoldo del Romanticismo: inició una época nueva y su estética rige y sigue siendo válida para casi toda la producción musical moderna.

Una vez más las dos artes se unen, siguen un cauce común, coinciden en idéntica visión.

Schiller-Beethoven: Heine-Schumann: Mallarmé-Debussy. Parejas espirituales, naturalezas gemelas, vibrando al unísono. Un mismo sino artístico une y fecunda a las dos artes.

Ravel llega en esa hora de libertad artística, hora propicia para ejercitar su audacia. Esa libertad es lo esencial en el arte del gran francés. Libertad armónica, rítmica y melódica. La música brota de su sensibilidad en acecho de imágenes espontáneas, luminosas y transparentes. Armonía, ritmo y melodía fluyen simultáneos, libres de toda traba, dóciles a su instinto prodigioso de músico por naturaleza, desarrollado y ejercitado por el estudio y la disciplina más rigurosa. Podía desarrollar sus ideas sin prescindir de la forma clásica, como en el cuarteto: siempre hallaba la manera de animar la arquitectura tradicional con gracias nuevas.

El colorido, la alquimia sonora tan compleja y aguda de su orquesta a partir de su «Rapsodia española» es llevado a su más alto grado en el «Bolero» a través de su prodigioso «Dafnis y Cléo». Pero así como Debussy en sus últimas obras, disminuye el colorido en favor de la línea, como en «Pelleas y Melisanda», Ravel lo exalta con magia y virtuosismo inauditos.

Quien como él supo arrancar a la música tantos secretos; quien parecía haber llegado a penetrar el misterio armónico, a descifrar el lenguaje musical de la Naturaleza, se vió privado por ella de su facultad poderosa de creación.

Hace años que su fuerza creadora se había apagado. Su cerebro no recibía los mensajes de las cosas; la llamada melódica de los elementos pasaba sin agitar su sensibilidad antes egregia.

Pero es igual. Deja tras de sí obra suficiente para asegurarse un puesto de honor en la historia musical. Obra fecunda por su poder germinativo, por la fuerza productora que es lo que caracteriza al genio. Fuerza que, como decía Goethe a Eckerman, es la que engendra hechos dignos de presentarse ante Dios y ante la Naturaleza. Y que por lo mismo son fecundos en consecuencias y de larga duración.

REGINO SÁINZ DE LA MAZA

ELEGÍA

A Juan Sierra

¡Se me hunde la tierra!
Corriendo por mi alma me la siento.
Voy inocente
Viendo pasar las noches tan profundas
Por esquinas olvidadas
Donde ya no hay amigos.

Ahí quedáis.
Tanto ha llovido en este sueño,
Que ahora vuelvo a ser
De aquellas horas blancas que las aguas llevaban
Por riberas tan dulces como esta soledad.

Yo nací una mañana
En que las violetas dormían ya su sombra.
Era tierno el murmullo de mis cabellos tristes.
El mundo era una fuente,
Y todos,
Eramos sueño inmenso de un deseo
Que jugaba a olvidar,
Y a nacer,
Y a morirse...

Pero hay un lecho mudo que convida a llorar.
Bajo árboles alegres la eternidad tiene principio:
Empieza el hombre a sentir la creación de la luz,
Y va depositando en el corazón lentamente.
Las horas de la vida que al arañar conoce.

¡Todo aquello fué niebla, señores!
¿No lo véis?
Angeles que he llamado.
Fuego. Carbones. Ruinas.
Mares de luz que agitaban mis dedos.
Escombros infernales
Que una noche de luna
Me dijeron adiós, adiós,
Y me aplastaron.

Pero yo era la sombra
Que el falso amor descubre.
He abierto la mano para dejar pasar
Todo lo que el agua quiera,
En su galopar gracioso,
Llevar hacia los infiernos de la alegría inconsciente,
Y me queda sólo un grano de arena que me reservo.

Bajo el agua va la muerte
Desembocando ataúdes en la música del alba.
Sólo ahora solicito golpear aquellas ascuas,
Que aun quedan en los ojos
De los árboles desnudos.
Arrancar aquellas hojas tan verdes que me engañaron.
Bucear por los estanques
De aquellos dorados pechos
Y sacar la hiel amable que saboreé tan tiernamente.

Cuando levante los labios de todo aquello,
Seré como una flor débilmente encontrada
Sobre un piano muerto en profundos jardines.
Seré el perfume de una tarde triste.
Hallada en las raíces de los carros del amanecer.

Mundos erizados siento que se desploman.
Con mi cuerpo sin manos
Queda un aliento carnal.
¡Soles que yo he cortado por donde más brillaban,
Salid, yo ya no puedo sucederme a mí mismo!
Pasad, mujeres ciegas de tanto haber llorado.
Las plumas son ya muros y las lágrimas mares:
El eco de la ausencia transparenta un amor.

He jugado a la amistad desde muy niño.
En fin, aquí tengo en la mano
El humo de una cita ligeramente congelado,
La sabrosa presencia de una alegría escapada,
Siempre en el sueño oscuro
Que nos dejó la carne en su triste contemplar.

Yo no sé cómo buscar a los vivos.
Los he querido tanto
Que apenas los encuentro al reirme ante el espejo.
Por eso al regresar y oír las oraciones,
He decidido retirarme,
Y cubrirme con la sábana para proyectar mi ser.
El mundo es blanco,
Débil, y obedece a su sombra.
Dios es la luz
Y tras ella me nuevo.

MANUEL DíEZ CRESPO

CANTOS DE AMOR

IV

No estoy en mí.

Que me eleva

La luz clara de esta tarde,
Sobre la altísima cumbre
Por donde la luna sale...

¡Oh verdes viñas en luz!
¡Oh río turbio! ¡Oh árboles!
Se estremece el universo
Ante mi querer gigante.

De mi pensamiento huésped,
No acabo de recordarte;
Mis ojos van entreviendo
Mi adelgazar en el aire.

No sé si conmigo vienes,
Si en mi mismo mundo cabes,
Ni a dónde asciende mi espíritu;
La luz se lleva mi carne.

V

Más que mis labios, lo expresan mis ojos
Que en tus grandes, claros ojos se bañan,
Más que mis ojos, te lo dice al oído
El silencio, que es la voz de mi alma.

JUAN RUIZ PEÑA

CRÍTICA VISIONARIA

ICONOGRAFÍA DE LA SIERRA DE CADIZ

1

**El campo es de cristal
florecido.**

(SIGNO DEL ALBA)

La sierra gaditana tiene una extraña nostalgia de perfil. Hay que decir bien en esto de dar vueltas a los temas eternos que las sensibilidades no se esconden siempre sobre o bajo piel. Cuando menos se espera en el compás menos pensado una vena oculta de agua salta y los campos aprenden la longitud del agua y las estrellas de la noche la soberbia de una guardia en vigilia.

Quizás por ese extraño parecido de la sierra al mar (la provincia de Cádiz es una península rodeada de mar por tres esquinas) existe un espacio eterno de dársena a la orilla de los picos donde el cielo viene siempre en espumas de nubes y cantos de sirena en crepúsculo. La mitad de los poemas de la sierra están inescritos en los tabernáculos de las aldeas de la llanura o sobre los mesones encendidos de viento del camino. Yo me acuerdo de la tarde en que un gitano de la Sierra de Cádiz hablaba de su tierra frente a un fondo desvaído de borrachos. Yo me acuerdo también del bandolero del romance que pára a la Guardia Civil en la carretera cuando lo llevan atado para ver por última vez como un rey de bronce el imperio de su reinado. La Sierra de Cádiz ha puesto un levante oscuro, misterioso, a los ojos de los que en ellos nacen. Es lo que llamaría embrujamiento racial, el deseo humano de las entrañas de volver a su seno. Es—dándole giros a esta fecundidad de las metáforas—la locura de los tétricos que quieren ver siempre rosas en el sitio donde se les entierra.

2

**...Ay, que las brisas van por el espacio mudas,
las brisas que no beben ni el hombre ni la rosa.**

(A LA SOMBRA DE MI VIDA)

Este padrecito de barbas nevadas, San Cristóbal en nuestra iconografía infantil—Belén helado—, siempre está tirando flechas de viento por los cuatro costados de sus dimensiones.

Desde San Cristóbal el mapa es una piel de toro para que el gigante no se enfríe los pies cuando se levanta cargado de sueño y madrugada. Toda esa remota sabiduría, esa visión soberbia, ese mirar y comprender abso-

luto, esa confianza en el destino y en la eternidad ha influido en su preponderancia fisiológica y moral de sirena sin sangre, de quien todos se acuerdan a la hora tibia de la tarde.

Todos los telones de teatro miran con compasión, con cariño paternal, con aire de perdona vidas familiar, a los actores que trabajan debajo. Algo de esto hay en la sonrisa clara de la Sierra de Cádiz para el teatro de todos los días, cuando la noche viene con un repique de campanas y se siente sobre todos el drama de ser actores siempre, cómicos de lengua sobre un mundo callado que no aplaude nunca, ni ríe nunca.

3

**La alta tarde se ha prendido
una luz de ceniza.**

(TRASLUZ)

Pedro Pérez Clotet emprende un crucero por la sierra del brazo del lector. Hay hasta en el comienzo del libro, allá donde es difícil escoger la ruta, una especie de invitación al viaje donde desfilan todos los horizontes de la serranía y toda la niebla de la cordillera. Después no hay más que dar vueltas por la cubierta. Es de noche. Giran los cabestrantes y en los últimos mástiles el viento teje canciones de aventura y de hombría. Los faroles de la proa, esos faroles de caras abultadas que se colocan siempre en los cuentos de niños, andan golpeando a la obscuridad.

Pedro Pérez Clotet tiene entonces un viejo aire de lobo de mar hecho entre riscos. La sierra lanza hasta las bordas toda su melancolía de mujer que se destrenza los cabellos en un crepúsculo, junto a una ventana, cara al océano. Los picos y las aristas llaman en el silencio como si fuesen espumas de un mar oculto y misterioso que crujiere por las gargantas y los valles como una sangre nueva. Los pueblos acurrucados en las faldas, arracimados de miedo a la orilla de la sublimidad alzan su vuelo de pañuelos blancos y sabe todo a esa despedida salada e infantil de cuadro recién traído de Filipinas, donde una muchacha se despide llorando de un mocetón fornido y marinero; que habla de naranjos y de noches crujientes en un lejano país, sobre un patio lleno de surtidores y guitarras.

El poeta tiene algo de encantador en el silencio helado de las páginas. De encantador que extendiera el paisaje naviero de las sierras, que enseñara las gargantas encendidas de nieve, la pincelada bravia de las simas, el hambre de los picos oteadores de sol.

Se le siente ir devorándose a sí propio en versos duros, desangrándose por el camino afilado de piedras. Es de noche ya, una noche nacida de las gargantas de la cordillera, brotada en el misterio de las raíces de los abrojos y las hogueras de los pastores parecen en la niebla fuegos de San Telmo sobre gavias erizadas de brujería.

**...Y te emborracharás del vino generoso
que la tarde te escancia...**

(SIGNO DEL ALBA)

El libro de Pedro Pérez Clotet sobre la Sierra de Cádiz—*La Sierra de Cádiz en la Literatura*—tiene para los que soñamos todavía, algo que no puede caber simplemente en un discurso académico.

Es un libro para abrirlo de noche cuando el sueño está ya sobre todas las cosas. Y para volverse niños. Ese niño que todos tenemos dentro desde hace cien siglos y que le gusta asomarse al borde de las torrenteras para fingir suicidios en el agua clara de los arroyos limpios que sólo saben de la carne lívida de las estrellas...

José DE LAS CUEVAS

A UN AMIGO EN SU CASAMIENTO

Un amor puro y claro sin recelo,
una dicha serena y sostenida,
una paz que maneje larga vida
con silenciosa ondulación de velo.

Un ara lisa y firme para el vuelo
del alma sola con su Dios unida
sin que del tedio la más leve huída
empañe la verdad de vuestro cielo.

Un árbol poderoso y ordenado
en ramas que de luz con esperanza
orle la santidad de vuestro estado;
sin que al final haya miedo o mudanza
que generosa de sabor alado
no rompa vuestra risa con su lanza.

JUAN SIERRA

VOCACIÓN

Pensabas tú:

Por el sereno día
desciende a ti la voz de Jesucristo.
(Todo el paisaje estaba entre tus ojos
y todo el cielo entre tus brazos tibios)
Sé que tus labios son, como dos fuentes
de oración y de paz, en que yo exprimo
para tu amor la esencia de mis horas:
lluvia de sol, de nardos y de lirios.

Pensaba yo:

Al fin, Dios me ha llamado
para templar mi vida en el cilicio
que defiende del viento de la sangre.

Y tengo ya los brazos extendidos
en la cumbre del aire, donde el día
trajo hasta mí la voz de Jesucristo.

Pensabas tú:

Señor, la vida es una
y hay que entregarla, toda, a tu equilibrio,
para que el aire quede como un halo
de castidad en torno a los caminos.
(Yo he dejado tu voz que a mí descienda
como una lluvia de azulados lirios).

Y renuncio a tu sangre porque espero
que nuestras almas se unirán, al filo
de la puerta dorada en que vigilan
los ángeles, la paz del Paraíso.

(Bendícela, Señor, en su palabra.
Bendícela, Señor, en su destino)

¡Y venga a mí tu corazón en llamas
para mi amor, humano y eucarístico!

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

ADRIANO, SU VOZ Y SUS OFICIOS

A Adriano del Valle, con afecto y admiración.

1

Acribillado por la ardiente furia
de un sol agricultor, traga caminos
y alterna, valedor de cultos trinos,
la lira con las máquinas de Ajuria.

Siempre como llegado de Liguria,
de la Rodesia o de los Apeninos,
viene, progenitor de campesinos,
con faz de comandante de centuria.

Voz tutelar del trigo y los maíces,
azote de la riada y la sequía,
tributa al labrador frutos felices.

Boga su voz por toda Andalucía,
la tierra libertando de raíces,
empavesando el aire de poesía.

y 2

Védle en trabajos de Hércules: la espiga,
el olivo, el naranjo su voz labra.
Todo crece al amor de su palabra;
ya en reja se convierte la cantiga.

Bástale al surco que su voz le diga,
con persuasión de acero, que se abra;
cunde a su voz el seno de la cabra
y el pan nos da su voz en cada miga.

Voz de Adriano, dividida en coro,
canta en la adelfa y el testuz del toro,
en la cosecha en flor y en el tomillo.

Ya familiarizado con el agro
y con la creación, hace un milagro:
lleva la primavera en el bolsillo.

EDUARDO LLOSENT

LOS ÁNGELES EN LA TRINCHERA

Han bajado los ángeles
a verte en la trinchera,
camisa azul de España
con los pies en el barro
y el alma en las estrellas.

Bengalas trazadoras
rubricaban el cielo
y tocaban su bombo
de muerte los morteros;
las balas explosivas
sus platillos siniestros.

- La murga del combate:
ardiente olor de fuego.
(Mañana dirá el parte:
«ligeros tiroteos».)

Han bajado los ángeles
para darte un abrazo,
camisa azul de España,
malabarista impávido
que juegas con parábolas
y con bombas de mano

Los ángeles dormidos
de los versos del alba,
contigo, en la trinchera,
camisa azul de España.

Despiertos y contigo
en la noche enfangada
de pólvora y de lluvia
de gritos y de balas.
¡Ángeles, ya, de guerra!,
camisa azul de España.

ALFREDO MARQUERIE

EL POETA EN SU HUERTO...

A don Manuel Martín de Mora

Hallamos al poeta—a éste, a aquel poeta—en la fresca delicia de su huerto—imaginario o real—, como en un orbe de íntimas complacencias; islote acaso de fugitiva paz hurtada al bronco torbellino de la vida. Lo hallamos en ese momento de absorta contemplación: jardinero de recoletas fragancias, de ocultas flores de soledad y olvido. Y ya siempre, leyéndole, recreándole en nuestro fervor, lo vemos allí, en su hortelana tarea, clavado, esculpido en perennidad, tras el ajeteo urbano, tras el paso afanoso del cotidiano vivir, quizá tras su existencia de secas y dispersas aristas, en ese claro remanso vegetal, entre sus plantas, sus árboles, sus flores: fruto de sazónada calma, flor de entrañables aromas, árbol de musical ramaje estremecido por los más puros aires de la naturaleza y del espíritu.

Frente a nosotros, unos cuantos de nuestros más egregios poetas, en el dulce sosiego de su huerto. Contemplémosles unos instantes. Luego, cada uno seguirá el rumbo de su vida. Unos, se abismarán en graves paisajes metafísicos; otros, se hundirán—volverán a hundirse—en el torbellino de la vida. Contemplémosles unos instantes en ese paladeo de grata intimidad. Deleitémonos con su deleite, envueltos en el mismo aroma y la misma luz que a ellos les cantaran su tierna estrofa de seducción e inefable belleza. Sea el primero en que nos fijemos Lope de Vega. Lope de Vega en aquel huerto-jardín deleitoso de su hogar madrileño, tan conocido de cuantos se acercan al gran *Fénix*. Porque el *Fénix* parece que tiene especial interés en dar a conocer su huerto, y su amor a su huerto, como contraste con su impetuosa existencia, trafagueada de ímpetu y pasión; de sus atropellados pasos por todas las estaciones de la vida. Lope parece que quiere de cuando en cuando depurarse en las claras estaciones de la Naturaleza, representadas por su jardín doméstico, en desnudez de hombre sencillo que sabe colmar en la Naturaleza sus mejores ambiciones.

Lope se entrega a su jardín también de un modo afanoso, vehemente. Sobre todo en sus años últimos. Entra en él como dándole a este liviano hecho un profundo sentido. Lo busca por placer y solaz, mas también por un a modo de ejercicio trascendente; como si quisiera olvidarse con esa inmersión en la Naturaleza de otras inmersiones menos sosegadas y puras. Lope sabe bien de campos de Arcadia y paisajes eglógicos. Los canta, pero no le satisfacen. Allí los ríos y los árboles susurran enredados en vanos juegos de cortesanía. Por eso gusta volver al campo horaciano. Y encerrarse entre las cuatro paredes de su huerto, si breve—«más breve que cometa»—, lo suficientemente grande para superar fábulas de falsa rusticidad.

Allí se recrea, se inspira. Allí gusta sentir la próxima vida urbana, que hincha su ruidosa caracola, como en extraña lejanía. Cuidar y regar sus flores. Y arrancar «conceptos» al paisaje. «Tengo, como sabéis, pobre casa, igual cama y mesa y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos», escribe en la dedicatoria a su hijo Lope Félix de *El verdadero amante*.

Lope hace su confidente—confidente de qué peregrinos secretos—a su dilecto huertecillo. Y como a fiel guardador de sus intimidades, lo cuida, lo mimaba cada día, mientras su alma, herida por mil vientos contrarios, vibra de intenso gozo ante la lozanía de cada flor y el alborear primerizo de cada fruto.

Ni cuando los años rinden su vigor, deja el poeta de emplear sus ocios en el cuidado de su huerto. Entonces con más fruición que nunca. Precisamente le llega la muerte—la aguda enfermedad de la muerte—regando sus flores cierta mañana agostea. Lope va a la cama, de donde ya no ha de levantarse más. Su mirada enferma se lleva a la muerte la fresca imagen de aquel jardín de sus horas felices, nuncio de la postrera serenidad de su espíritu al traspasar, ungido de la divina gracia, el jardín de la luminosa inmortalidad.

No tan conocido es el huerto que pocos años antes de morir quiso plantar Quevedo en su pobre retiro de la Torre de Juan Abad. Sabemos de él por cierta carta en que el gran poeta aparece preocupado en adquirir unas posturas de frutal y de claveles.

Quevedo no habla más de su huerto, breve al parecer como el de Lope. Para el autor de *Los Sueños* carece de significación trascendente; es sólo una tardía necesidad de su espíritu, de su vida tediosa en el ambiente rural. (Aunque lo bastante elocuente para demostrar—si ya no existiesen otras pruebas—que su alma no estaba tan lejos de la Naturaleza como reiteradamente se ha venido creyendo.)

Quevedo no pasa, como Lope, tan fácilmente—ni tan apasionadamente—del verbeneo cortesano al plácido baño de soledad y de silencio. Quevedo deja una parte de su sér, de sus más caros afectos, en el mundanal tráfico. Sus horas de aparente serenidad y hastío cortesano, dejan entrever con frecuencia, en refrenado impulso, las vehementes incitaciones del mundano espejismo. Quevedo gusta de las esquinas—muchas veces heridoras—de la vida, de sus retorcidas callejuelas, para sortear las cuales se precisa un ágil y peligroso juego, que él tan bien conocía. Quevedo vuelve a veces decepcionado de su azarosa vida, pero es entonces—cuando verdaderamente vuelve querencioso de intimidad y paz interior—para deshacerse en agudas crisis de espiritualidad, de religiosidad profunda. Mas entonces no basta la paz de terrenales huertos, la calma de humanos oasis, porque entonces no basta el sosiego del mundo, por puro que éste sea. Porque entonces su anhelo de perfecta dicha—arrebataado pero inconstante, alto pero no sostenido—sólo puede ser colmado en otro huerto más sumo,

más difícil, más amurallado contra el mundo y sus punzadas tentadoras. Lope en su impetuosidad pasional tiene un alma más sencilla que Quevedo. Cansado del mundo, se entrega a la «descansada vida» recoleta, que, como fray Luis, él mismo cantara en elegantes estrofas. Y se entrega no en crisis de intimidad desbordada, espectaculares, sino a diario, en cada oportunidad de cada jornada. Entonces le vemos pasear por su huerto, como por un claustro de fragante serenidad. Quevedo lleva el mundo a su huerto. No importa que esté lejos de la corte. El sabe bien que en cualquier escondido lugarón, en cualquier retirado cobijo, hay pedazos de mundo incitadores. Y él sabe—como alguna vez lo cantara con picante donosura—que éstos pueden ser más gustosos, por más frescos y naturales, que aquellos otros que brinda la gran urbe...

A Lope nos lo figuramos en su huerto, como acorazado, en sus momentos de más calma interior, por las leves murallas vegetales. A Quevedo, en cambio, lo vemos atisbando sobre las bardas, lo que pasa fuera. Y cortando el mejor clavel para ofrecérselo con fina gentileza, como en trance de extremada cortesanía, a las lozanas mozas que vuelven de la gleba o van por agua, risueñas y parlanchinas, a la cercana fuente...

Pero ningún poeta ha sabido cantar su huerto con voces más límpidas y exactas que fray Luis de León. No hay en ninguna literatura otro huerto más henchido de puros lirismos. Acaso el huerto mismo de la Flecha, pero artizado por la inspiración soberana de fray Luis, que se complace en presentárnoslo como obra de sus propias manos. Y que ya por siempre esplenderá vivacísimo y real, más real que ningún otro que vemos, porque ya, tras el Maestro, todo huerto, todo deleitoso jardín, que roba nuestro amor y encanta nuestro espíritu, será ese mismo huerto del fraile poeta, estará embebido por él, será una porción ideal suya.

Más aún. Porque ya siempre que en horas de poética fruición nos acojamos a cualquier agreste soledad, llena de buen aroma y blandas músicas, nos acogeremos al plácido huerto de fray Luis, a su gracia floreal, al dulce murmullo de su pura fontana, a la sombra regalada de sus arboledas, meneadas por un manso viento, que arranca gemas de olor a la pradera. Siempre ya exacto, claro, armonioso, el huerto de fray Luis en cualquier paisaje que nos deleite. Y ya siempre en nuestros paseos por cualquier huerto o jardín, por cualquier paisaje recoleto y ameno, el propio fray Luis, que nos va cantando—excelso guía—sus bellezas.

Fray Luis, allá en su amoroso huerto, en plena posesión de su ser. Pero también—ya para siempre—en todos los huertos del arte y la naturaleza, hechizado en su hechizo, cantor de su hermosura, principal artífice de sus encantos, desde las lejanías de su tiempo, con sus insuperables manos jardineras...

Y si el huerto de fray Luis es el más bello de nuestra poesía, el más alto y puro de todos—de las letras españolas y foráneas—es el de Santa Teresa de Jesús, ardiente alma de poeta. («Todos nuestros grandes místicos—

dice Menéndez y Pelayo—son poetas, aun escribiendo en prosa»). No estaba en parte alguna de la tierra. No se ahondaban sus raíces en el suelo. Lo había plantado la Santa en su misma alma, y siempre lo llevaba consigo, huerto íntimo y errante. Sus flores y sus frutos delicadísimos, las flores y los frutos de su propia delicadísima sensibilidad.

«Muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que pasease en él.» Así nos dice Teresa escribiendo su *Vida*. Pero la Santa, al salir de esos principios, no destruye ni olvida su huerto interior—a que el mismo huerto conventual, a la vista, la incitaba. Ya llena de altísimas sabidurías, gusta volver a él, recrearse en su puro paisaje, ejemplificar con él sus altas disquisiciones místicas.

Jamás huerto o jardín humano alguno asumirá más excelsas funciones. En él—huerto casi divino—la Santa se inspira, sueña, medita; y exhala tiernísimos afectos. Y vuelve a vivir las mismas escenas de Cristo en la tierra. Jesucristo es el divino jardinero. Y la Santa tiene con El a cada hora sabrosísimas pláticas.

Ya junto al pozo de su huerto, Teresa da de beber a Jesús las aguas de su purísima fe, como la bíblica Samaritana las de la fuente de Sicar. Ya es el huerto de Teresa el propio huerto de las Olivas, donde el Señor vuelve a sudar sangre y a desfallecer en su humanidad, y donde Teresa, calladamente, como otro ángel consolador, corre a ofrecerle el cáliz de sus más acendrados amores. Ya es el mismo jardín del piadoso varón de Arimatea, donde reposa el santo cadáver y donde Teresa llega—nueva Magdalena—cargada de riquísimos aromas—esencias de su inquebrantable fidelidad—a ungir sus carnes lívidas y desgarradas.

La vida y la obra de Santa Teresa están impregnadas del perfume celeste de su espiritual jardín. Con tan buen Maestro, ella aprendió a cultivarlo excelsamente. Y sus frutos delicadísimos son y serán siempre para todos manjar inapreciable y plenitud de goce inigualable, único.

P. PÉREZ CLOTET

El Movimiento Nacional que acaudilla Franco incorpora el sentido católico de gloriosa tradición y predominio en España a la reconstrucción nacional.

T. S. H.

DE LA SEVILLA PROFUNDA

De este mi vivir amoroso y absorto en su espíritu querido, o en el espíritu de esta donde nací y donde vivo, por mí llamada Ciudad del luminoso espíritu, durante estos diarios paseos por su interior o por sus alrededores, en que mis pupilas a la par de mi alma van perforando el duro misterio de su luz, ha venido a sacarme la bella visita de un pequeño libro de versos: *Siete romances*, de Joaquín Romero.

Joaquín Romero Murube es el poeta que ha profundizado más en el alma de Sevilla; por eso todo el ámbito poético del libro es recorrido por el alma de la ciudad; y por eso su mejor libro, *Sombra apasionada*, no era sino el espíritu de la ciudad hecho sal y luz.

La poesía de este libro es clara, llena de luz, de gracia y atracción, sobre todo la de los romances más puramente líricos como el del Jardín y Jardín humanado:

...Todo en tu voz y en tus ojos...

...A veces todo pendía

del trino claro de un pájaro.

¡Cuántas cosas he evocado a través de los versos de este libro! He vuelto a recorrer soñadoramente—como en mi ida época adolescente—todos los misteriosos secretos de la ciudad imprecisa.

Después de rodear la mole gigante de la catedral, me he parado a contemplar la oscura inmovilidad esbelta, y casi aérea, de la Giralda, y he comenzado luego mi pasear nocturno por ese barrio de misterioso temblor, llamado de Santa Cruz, y me he detenido, en la en mi memoria imborrable calle Vida; y extáticamente ante los iluminados vidrios de uno de sus balcones he imaginado una extraña y esbelta figura de mujer, que más tarde, no sé por qué bienaventurado azar, encontré en la vida.

Y he vuelto a verme, luego, en ese soleado barrio de anchas calles y bajas paredes de cal, nombrado por Santa Clara.

Y me he vuelto a ver, por último, paseando por la orilla del río Gualdaquivir—como casi diariamente en otra época—, y contemplando en la lejanía las casas de Triana levemente rosadas por la luz del crepúsculo...

Todo esto me lo ha hecho evocar el libro de Joaquín Romero, que a la par de su belleza ha dejado en mí ese aire nostálgico y melancólico de todo lo pretérito al recordarse.

JUAN RUIZ PEÑA

REGINO SÁINZ DE LA MAZA, EN JEREZ

La magistral guitarra de Regino Sáinz de la Maza ha vuelto a sonar en Jerez. Fué en un magnífico recital por Radio—por esta «Radio Jerez» siempre interesada en sumar a sus programas auténticos valores. No vamos ahora a destacar la personalidad de Sáinz de la Maza, ya galardonado con la consagración de la crítica más solvente de Europa y América. Sean estas palabras tan sólo de gratitud al gran concertista y excelente amigo por el aliento de verdadero arte que nos trajo... y por la promesa de volver por Jerez, en la primera coyuntura propicia. Que así sea, para satisfacción de tantos como le admiran: todos los que han tenido alguna vez la fortuna de escucharle.

POESÍA DE GUERRA

Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña ha puesto su inspiración fecunda al servicio de la gran Cruzada española. Y ha publicado en poco tiempo *Romances de guerra y amor*, *Romance de la muerte de Pepe García*, *El Algabaño* y—últimamente—*Romancero de la Reconquista*. Con esta nueva obra, así como con las demás inspiradas en la guerra, Ruiz de la Peña, buen poeta de Castilla, consolida su claro signo poético. Sus romances, escritos con garboso brío y fina fluidez, constituyen un exponente interesante de esta poesía que se espiga en todos los cielos actuales de España, como un pujante rebrote de nuestra vieja épica, que vuelve a sonar, en ritmo de nuevas imágenes, su recia música de aceros. Pero Ruiz de la Peña cala en intenciones y sabe darnos el hondo sentido de la firmeza y de la sangre. Su nuevo libro, en fin, contribuye a perfilar su personalidad poética, hoy—noblemente—hecha vibradora arpa de cuerdas ancestrales y heroicas.

P. C.

JUAN LUIS VASSALLO

Con destino a uno de los gloriosos buques de nuestra escuadra, el joven escultor gaditano Juan Luis Vassallo acaba de realizar un busto del insigne patricio José Calvo Sotelo.

Siempre entendí al contemplar un busto que el escultor no debe limitarse a reproducir el modelo conforme al concepto que del retrato tiene la inmensa mayoría del público, sino que, por el contrario, el escultor ha de dar con la piedra, madera, bronce... en que lo ejecute, no sólo la imagen del mismo, sino aquella manera de ser, aquel algo indefinible que caracteriza y distingue a unos individuos de otros. Y esto es precisamente lo que ha conseguido Vassallo con su busto de Calvo Sotelo. Más difícil aún de conseguir en este caso, en que el modelo faltó. Dificultad que el artista con su gran maestría ha sabido vencer. La obra por ello merece los más cálidos elogios.

En la actualidad Vassallo trabaja en una lápida del poeta José María Pemán, en un busto de don Ramón Carranza y en la reproducción de una Virgen del Rosario, cuya imagen original fué destruida por las hordas rojas en Villaluenga del Rosario (Cádiz); talla en madera dorada y policromada, que nos descubre una nueva faceta del arte de este gran escultor; por lo que de esta obra conocemos, no dudamos asegurar que en ella continuará Vassallo, sin perder su fuerte personalidad moderna, la gloriosa tradición de los imagineros andaluces.

ISLA que ha seguido con interés creciente la carrera artística de Juan Luis Vassallo, desde que se da a conocer en 1926, hasta que, después de triunfar en numerosos concursos y exposiciones, alcanza el supremo galardón existente en España—el primer premio del Concurso Nacional de Escultura 1936—, se complace con el nuevo triunfo del joven y ya notable escultor, animándole a realizar una exposición de sus obras, para que aquí en su tierra, que le ayudó en sus primeros pasos artísticos, sean todo lo conocidas y admiradas que merecen.

M. E.

Editor: PEDRO PÉREZ CLOTET

Jerez de la Frontera

Plaza de Domecq, 48.

IMP. M. MARTÍN-JEREZ